

## LA MISERIA (1)

9 de Julio 1849.

SEÑORES:

Vengo á apoyar la proposicion del honorable M. de Melun. Principio por declarar que una proposicion que abrazára todo entero el art. 13 de la Constitucion sería una obra inmensa bajo la cual sucumbiría la Comision que quisiera emprenderla; pero aquí no se trata más que de preparar una legislacion que organice las previsiones y socorros populares. Este es el sentido que á la proposicion ha dado el informante, así como yo mismo la entiendo, y en este concepto vengo á apoyarla.

Tened á bien permitirme algunas aclaraciones

(1) M. de Melun propuso á la Asamblea legislativa, al empezar sus trabajos, el nombramiento de una Comision de 30 miembros para preparar y examinar las leyes relativas á los socorros populares. El informe sobre esta proposicion fué presentado en la sesion del 23 de Junio de 1849. Su discusion se abrió el 9 de Julio siguiente.

Víctor Hugo fué el primero que hizo uso de la palabra. Habló en favor de la proposicion y pidió que se ampliase el pensamiento.

acerca de las cuestiones políticas que esta proposicion promueve.

Señores, oigo decir á cada momento, y lo he oído á mi lado en el instante de subir á esta tribuna, que no hay dos maneras de restablecer el orden. Se dice que en tiempos de anarquía no hay más remedio eficaz que la fuerza; que fuera de la fuerza todo es vano y estéril, y que la proposicion del honorable M. de Melun y todas las demás análogas proposiciones deben descartarse, porque no son otra cosa, repetiré la palabra de que se sirven, que socialismo disfrazado. (*Interrupcion en la derecha.*)

Señores, creo que palabras de esta índole son ménos peligrosas cuando se dicen en público, en esta tribuna, que cuando se murmuran sordamente; y si cito esas conversaciones es porque espero traer á la tribuna, para que se expliquen, á aquellos que han expresado las ideas que acabo de exponer. Entónces, señores, podremos combatir las á la luz del dia. (*Murmullos en la derecha.*)

Añadiré, señores, que aún se iba más lejos. (*Interrupcion.*)

Se caracterizó este debate por un incidente de útil recordacion. Víctor Hugo dijo: «Yo soy de aquellos que piensan y afirman que se puede destruir la miseria.» Su aserto produjo numerosas negaciones en los bancos de la derecha. M. Poujoulat interrumpió al orador diciendo: «Es un profundo error.» Y M. Benoit d'Azy sostuvo, en medio de los aplausos de la derecha y del centro, que era imposible hacerla desaparecer. La proposicion fué votada por unanimidad.

VOCES EN LA DERECHA—¿Quién? ¿quién? Nombrad al que ha dicho eso.

M. VÍCTOR HUGO.—Los que de ese modo han hablado que se nombren á sí mismos; ese es asunto que á ellos corresponde. Que tengan en la tribuna el valor de sus opiniones de corredores y comisiones. Por mi parte, declaro que no es mi papel revelar nombres que se ocultan. Las ideas se muestran, combato las ideas; cuando se muestren los hombres, combatiré á los hombres. (*Agitacion.*) Señores, vosotros lo sabeis; las cosas que no se dicen en voz alta suelen ser las que más daño hacen. Aquí, las palabras públicas son para la muchedumbre; las palabras secretas son para el voto. Pues bien. Yo no quiero palabras secretas cuando del porvenir del pueblo y de las leyes de mi país se trata. Las palabras secretas las descubro; las influencias ocultas las desenmascaro; ese es mi deber. (*La agitacion aumenta.*) Continúo, pues. Aquellos que así hablaban añadían que «hacer esperar al pueblo un aumento de bien y una disminucion de malestar, era prometer lo imposible; que no había que hacer, en una palabra, más que lo que ya habían hecho todos los Gobiernos en circunstancias semejantes; que todo lo demás era declamatorio y quimérico, y que bastaba con la represion al presente y la compresion para el porvenir.» (*Violentos murmullos.—Numerosas interpelaciones se dirigen al orador por los miembros de la derecha y del centro, entre los cuales se distinguen MM. Denis, Benoît y de Dampierre.*)

Me felicito, señores, de que mis palabras hayan hecho estallar tan unánimes protestas.

EL PRESIDENTE.—La Asamblea, en efecto, ha manifestado su sentimiento. El presidente no tiene nada que añadir. (*¡Muy bien, muy bien!*)

M. VÍCTOR HUGO.—No es este el modo que yo tengo de comprender el restablecimiento del órden... (*Interrupcion á la derecha.*)

UNA VOZ.—Nadie lo comprende así.

M. NOEL PARFAIT.—Así se ha dicho en mi Comision. (*Gritos en la derecha.*)

M. DUFOURNEL Á M. PARFAIT.—¡Citadle, decid quién ha hablado así!

M. DE MONTALEMBERT.—Con el permiso del honorable M. Víctor Hugo, me tomo la libertad de declarar... (*Interrupcion.*)

NUMEROSAS VOCES.—¡A la tribuna! ¡A la tribuna!

M. DE MONTALEMBERT, *en la tribuna.*—Me tomo la libertad de declarar que la asercion del honorable M. Víctor Hugo es tanto ménos fundada, cuanto que la Comision ha estado unánime al aprobar la proposicion de M. de Melun; y la mejor prueba que de ello puedo dar es decir que ha escogido para informante á su autor mismo. (*¡Muy bien, muy bien!*)

M. VÍCTOR HUGO.—El honorable M. de Montalembert responde á lo que yo no he dicho. Yo no he dicho que la Comision no haya estado unánime al aprobar la proposicion; yo sólo he dicho, y lo sostengo, que había oido frecuentemente, y en par-

ticular en el momento en que iba á subir á la tribuna, las palabras á que he hecho alusion; y que, como para mí las objeciones ocultas son las más peligrosas, tenía el derecho y el deber de presentarlas públicamente, siquiera fuese á despecho de ellas mismas, á fin de poderlas destruir. Ya veis que he tenido razon, puesto que desde la primera palabra se han avergonzado y se han disipado. (*Ruidosas reclamaciones en la derecha. Muchos miembros interpelan vivamente al orador en medio del ruido.*)

EL PRESIDENTE.—El orador no ha nombrado á nadie en particular, pero esas palabras tienen algo de personal para todo el mundo, y yo no puedo ver en la interrupcion que han producido sino un mentís universal de esta Asamblea; os invito á que entreis en la cuestion.

M. VÍCTOR HUGO.—Sólo aceptaré el mentís de la Asamblea cuando se me dé con los actos y no con palabras. Allá veremos si el porvenir me da ó no la razon; veremos si se hace otra cosa que comprimir y reprimir; veremos si el pensamiento que hoy se desapueba no es la política que se enarbolará mañana. Entretanto, y en todo caso, creo que la unanimidad que acabo de provocar en esta Asamblea es una ventaja inapreciable... (*Ruido.—Interrupciones.*)

Pues bien, señores, traslademos este género de objeciones fuera de este recinto y no las achaquemos á los miembros de esta Asamblea. Entretanto, y una vez sentado esto, permítaseme decir que, por mi parte, no creo que el sistema que com-

bina la represion con la compresion, y que á esto se atiende, sea el único modo, la mejor manera de restablecer el orden. (*Nuevos murmullos.*)

He dicho que descarto completamente á los miembros de la Asamblea... (*Ruido.*)

EL PRESIDENTE.—La Asamblea está descartada; es una objecion que el orador se hace á sí mismo y que va á refutar. (*Risas.—Rumores.*)

M. VÍCTOR HUGO.—El Sr. Presidente se equivoca. Acerca de ese punto apeló al porvenir. Ya veremos. Por lo demás, como está bien léjos de ser esta una objecion que yo á mí mismo me hago, bástame haber provocado la unánime manifestacion de la Asamblea, esperando que la tendrá presente, y paso á otro orden de ideas.

Oigo decir igualmente todos los dias... (*Interrupcion.*) ¡Ah! señores, respecto á este lado de la cuestion no temo interrupcion alguna, pues vosotros mismos reconocereis que es hoy la gran palabra de la situacion; oigo decir por todas partes que la sociedad acaba de vencer una vez más... y que es preciso aprovechar la victoria. (*Movimiento.*) Señores, no se sorprenderá nadie en este recinto si digo que tambien es ese mi sentimiento.

Antes del 13 de Junio atormentaba á esta Asamblea una especie de tempestad; vuestro precioso tiempo se perdía en estériles y peligrosas luchas de palabras; todas las cuestiones, las más serias, las más fecundas, desaparecían ante la batalla que á cada instante se libraba en la tribuna y se entablaba en la calle. (*¡Es verdad!*) Hoy se ha restable-

cido la tranquilidad, el terror se ha desvanecido, la victoria es completa. Es preciso aprovecharla. Sí, es preciso aprovecharla. Pero ¿sabeis cómo?

Es preciso aprovechar el silencio impuesto á las pasiones anárquicas para conceder la palabra á los intereses populares. (*Sensacion*.) Es preciso aprovecharse del orden reconquistado para levantar de nuevo el trabajo, para crear en vasta escala la prevision social; para sustituir á la limosna que degrada (*Denegaciones en la derecha*) la asistencia que fortifica; para fundar por todas partes, y bajo todas formas, establecimientos de todo género que den seguridad al desgraciado y animen al trabajador; para dar cordialmente, en mejoras de todas clases, á las clases que sufren más cien veces más que lo que siempre les han prometido sus falsos amigos. Hé ahí de qué modo hay que aprovecharse de la victoria. (*¡Sí, sí!—Movimiento prolongado.*)

Es preciso aprovechar la desaparicion del espíritu revolucionario para hacer reaparecer el espíritu de progreso. Es preciso aprovechar la calma para restablecer la paz; no sólo la paz en las calles sino la paz verdadera, la paz definitiva, la paz en las inteligencias y en los corazones. Es preciso, en una palabra, que la derrota de la demagogia sea la victoria del pueblo. (*Viva adhesion.*)

Hé ahí lo que es preciso hacer de la victoria; hé ahí de qué modo es preciso aprovecharla. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Y considerad, señores, el momento porque atra-vesais. En diez y ocho meses se ha visto la reali-

dad de muchos sueños; las quimeras que estaban en la sombra han salido de ella, y la clara luz del día las ha iluminado; las falsas teorías se han visto obligadas á explicarse; los falsos sistemas se han visto por el suelo. ¿Qué han producido? Nada. Muchas ilusiones se han desvanecido en las masas, y al desvanecerse han hecho rodar las popularidades sin base y los ódios sin motivo. El esclarecimiento llega poco á poco; el pueblo, señores, tiene el instinto de la verdad, como tiene el instinto de lo justo, y en cuanto se serena es el buen sentido mismo, la luz penetra en su inteligencia; al mismo tiempo la fraternidad práctica, la fraternidad que no se decreta, la fraternidad que no se escribe sobre las tapias, la fraternidad que nace del fondo de las cosas y de la identidad real de los destinos humanos, empieza á germinar lo mismo en el alma del rico que en el alma del pobre; por todas partes, arriba y abajo, se inclinan los unos hácia los otros, con esa inexplicable sed de concordia que señala el fin de las disensiones civiles. (*¡Sí, sí!*)

La sociedad quiere ponerse en marcha despues de este alto á orillas del abismo. Pues bien, señores, nunca, nunca fué el momento más propicio, mejor escogido, ni más claramente indicado por la Providencia para realizar, despues de tantas iras y tantos errores, la gran obra que os está encomendada, y que toda ella puede resumirse y expresarse en una sola palabra: reconciliacion. (*Sensacion prolongada.*)

Señores, la proposición de M. de Melun va directamente encaminada á este objeto.

Ese es, á mi juicio, el verdadero y completo sentido de esta proposición, que puede, por lo demás, modificarse y perfeccionarse.

Dar á esta Asamblea como principal objeto el estudio de la suerte de las clases que sufren, es decir, el grande y oscuro problema planteado por la Revolución de Febrero; rodear ese estudio de solemnidad; sacar de este estudio profundo todas las mejoras prácticas y posibles; sustituir con una grande y única Comisión de la asistencia y prevision pública todas las Comisiones secundarias que no ven más que el detalle, y para las que el conjunto pasa desapercibido; colocar á gran altura esa Comisión, de modo que la vea el país entero (*Movimiento*); reunir las luces esparcidas, las experiencias diseminadas, los esfuerzos divergentes, los documentos, las investigaciones particulares, los informes locales, todas las buenas voluntades dispuestas al trabajo, y crearles aquí un centro, un centro á donde vengán á converger todas las ideas y de donde brotarán todas las soluciones; realizar hecho por hecho, ley por ley, pero con hilación, con madurez, los trabajos de la actual legislatura, el Código completo y ordenado, el gran Código cristiano de la prevision y la asistencia públicas; en una palabra, ahogar las quimeras de cierto socialismo bajo las realidades del Evangelio (*Viva aprobacion*); hé ahí, señores, el objeto de la proposición de M. de Melun; hé ahí por qué la apoyo enérgicamen-

te. (*M. Melun hace un signo de adhesión al orador.*)

Acabo de decir: las quimeras de cierto socialismo, y no retiro ni una sola letra de esta expresión, que no es severa, que es justa. Sin embargo, señores, expliquémonos. ¿Querrá decirse que en esa aglomeración de nociones confusas, de aspiraciones oscuras, de ilusiones inauditas, de instintos irreflexivos, de fórmulas incorrectas, que se designa bajo el nombre vago, y desde luego muy poco comprendido, de *socialismo*, no haya nada de verdad, absolutamente nada de verdad?

Señores, si no hubiese nada de verdad no ofrecería peligro alguno. La sociedad podría desdeñarlo y esperar. Para que la impostura ó el error sean peligrosos; para que penetren en las masas; para que puedan llegar hasta el corazón mismo de la sociedad, es preciso que se armen con alguna parte de la realidad. La verdad acomodada entre los errores, hé ahí el peligro. En semejante materia, la cantidad de peligro se mide por la cantidad de verdad que las quimeras contienen. (*Movimiento.*)

Pues bien, señores, digámoslo, y digámoslo precisamente para encontrar el remedio: hay en el fondo del socialismo una parte de realidades dolorosas de nuestra época y de todas las épocas (*Murmullos*); hay el eterno malestar, propio á la debilidad humana; hay la aspiración á un estado mejor, aspiración natural en el hombre, pero que frecuentemente le hace equivocarse el camino buscando en este mundo lo que sólo en el otro puede encontrar. (*Viva y unánime adhesión.*) Hay angustias muy

vivas, muy verdaderas, muy agudas, muy curables. Hay, en fin, y esto es completamente de nuestra época, hay esa nueva actitud dada al hombre por nuestras revoluciones, que de un modo tan levantado han hecho constar la dignidad humana y la soberanía popular, de tal manera que el hombre del pueblo sufre hoy con el doble y contradictorio sentimiento de su miseria, resultante del hecho y de su grandeza, resultante del derecho. (*Profunda sensacion.*)

Todo esto, señores, es lo que hay en el socialismo; todo esto es lo que se mezcla á las pasiones humanas; todo esto es lo que constituye su fuerza; todo esto es lo que hay que quitarle.

NUMEROSAS VOCES.—¿Cómo?

M. VÍCTOR HUGO.—Esclareciendo lo que es falso, satisfaciendo lo que es justo. (*¡Es verdad!*) Una vez hecha esta operacion, y hecha á conciencia, leal y honradamente, lo que encontráis formidable en el socialismo desaparece. Retirando de él lo que de verdad tiene, le retiráis lo que tiene de peligroso. No es más que una nube informe de errores que el primer soplo disipará. (*Movimientos en diversos sentidos.*)

Deseais, señores, que complete mi pensamiento. Veo por la agitacion de la Asamblea que no he sido comprendido enteramente. La cuestion de que se trata es grave. Es la más grave de todas las que pudieran tratarse delante de vosotros.

Yo no soy de aquellos que creen, señores, que se puede suprimir el sufrimiento en este mundo: el

sufrimiento es una ley divina; pero soy de aquellos que piensan y afirman que se puede destruir la miseria. (*Reclamaciones.— Violentas negaciones en la derecha.*)

Notadlo bien, señores: no he dicho disminuir, aminorar, limitar, circunscribir; he dicho destruir. (*Nuevos murmullos en la derecha.*) La miseria es una enfermedad del cuerpo social, como la lepra era una enfermedad del cuerpo humano; la miseria puede desaparecer como desapareció la lepra. (En la izquierda: *¡Sí! ¡sí!*) ¡Destruir la miseria! Sí, es posible. Los legisladores y los gobernantes deben pensar en ello sin cesar, pues en materia semejante, en tanto que no se ha hecho todo lo posible, no se ha cumplido el deber. (*Sensacion universal.*)

La miseria, y aquí abordo de lleno la cuestion, ¿quereis saber dónde está la miseria? ¿quereis saber hasta dónde puede llegar, hasta dónde llega, no diré en Irlanda, no diré en la Edad Media, sino en Francia, en París y en el tiempo en que vivimos? ¿Quereis hechos?

Hay en París... (*El orador se interrumpe.*)

Dios mio, no dudo en citar estos hechos. Son tristes, pero necesaria su revelacion; y tened en cuenta, si preciso es que diga todo lo que pienso, que quisiera que de esta Asamblea saliese, y en caso necesario haré una proposicion formal, saliese una grande y solemne informacion acerca de la verdadera situacion de las clases laboriosas que sufren en Francia. Yo quisiera que todos los he-

chos saliesen á la luz. ¿Cómo se quiere curar el mal si no se sondean las llagas? (*¡Muy bien, muy bien!*)

Hé aquí, pues, esos hechos.

Hay en París, en los arrabales de París que el viento del motin levantaba no hace mucho tan fácilmente, hay calles, casas, cloacas, donde las familias, familias enteras, viven amontonadas; hombres, mujeres, niñas y niños sin más cama, sin más abrigo, casi diré sin más vestidos que girones infectos de harapos en fermentacion recogidos en el fango de las calles, especie de muladar de las ciudades, donde criaturas humanas se sepultan vivas huyendo del frio del invierno. (*Movimiento.*)

Hé ahí un hecho. Hé aquí otros. Estos últimos dias, un hombre, Dios mio, un desgraciado hombre de letras, pues la miseria se ceba en las profesiones liberales lo mismo que en las profesiones manuales, un desgraciado hombre se ha muerto de hambre, muerto de hambre literalmente, y se ha demostrado despues de su muerte que no había comido hacia seis dias. (*Larga interrupcion.*) ¿Quereis algo más triste todavía? El mes pasado, durante la recrudescencia del cólera, se ha encontrado una madre y sus cuatro hijos buscando su alimento entre los restos inmundos y pestilentes de las antiguas salazones de Montfaucon. (*Sensacion.*)

Pues bien, señores, yo digo que éstas son cosas que no deben suceder; digo que la sociedad debe emplear toda su fuerza, toda su solicitud, toda su inteligencia, toda su voluntad para que tales cosas

no sucedan; digo que tales hechos en un país civilizado comprometen la conciencia de la sociedad entera; que yo me considero, yo que hablo, cómplice y solidario de ellos (*Movimiento*), y que tales hechos no son solamente injusticias hácia el hombre, son crímenes hácia Dios. (*Sensacion prolongada.*)

Hé ahí por qué me he penetrado, hé ahí por qué quisiera que se penetrasen todos los que me escuchan de la importancia que tiene la proposicion á vosotros sometida. No es más que un primer paso, pero decisivo. Yo quisiera que esta Asamblea, mayoría y minoría, no importa para esto, no distingo mayoría ni minoría en cuestiones semejantes; quisiera que esta Asamblea no tuviese más que una sola alma para marchar hácia ese grande, hácia ese magnífico, hácia ese sublime objeto, ¡la abolicion de la miseria! (*¡Bravo!—Aplausos.*)

Y, señores, no sólo me dirijo á vuestra generosidad, ¡me dirijo á lo que hay de más sério en el sentimiento político de una Asamblea de legisladores! Y acerca de esto diré una última palabra: con ella termino.

Señores: como os decía hace un momento, acabais, con el concurso de la Guardia nacional, del ejército y de todas las fuerzas vivas del país, acabais de afirmar el Estado, quebrantado una vez más. No habeis retrocedido ante ningun peligro, no habeis titubeado ante ningun deber. Habeis salvado la sociedad regular, el Gobierno legal, las instituciones, la paz pública, la civilizacion misma.

Habeis realizado un hecho importante... ¡Pues bien, no habeis hecho nada! (*Movimiento.*)

Nada habeis hecho, insisto en ello, en tanto que el orden material afirmado no tenga como base el orden moral consolidado. (*¡Muy bien, muy bien!— Viva y unánime adhesion.*) ¡Nada habeis hecho en tanto que el pueblo sufra! (*Bravos en la izquierda.*) ¡Nada habeis hecho en tanto que por debajo de vosotros haya una parte del pueblo desesperada! ¡Nada habeis hecho en tanto que los que están en toda la fuerza de su edad y que trabajan puedan encontrarse sin pan; en tanto que aquellos que son viejos y han trabajado puedan encontrarse sin asilo; en tanto que la usura devore nuestros campos; en tanto que haya quien se muera de hambre en nuestras ciudades (*Movimiento prolongado*); en tanto que no haya leyes fraternales, leyes evangélicas que vengan de todas partes en auxilio de las familias pobres y honradas, de los buenos campesinos, de los buenos obreros, de las gentes de corazón! (*Aclamacion.*) ¡Nada habeis hecho en tanto que el espíritu de la Revolucion tenga por auxiliar el sufrimiento público! ¡Nada habeis hecho, nada, en tanto que en esta obra de destruccion y de tinieblas, que continúa subterráneamente, el hombre malo tenga por fatal colaborador al hombre desgraciado!

Ya lo veis, señores, lo repito al concluir; no es sólo á vuestra generosidad á la que me dirijo: es á vuestra sabiduría, y os conjuro á que reflexioneis sobre ello. Pensadlo, señores; la anarquía es la que abre los abismos, pero la miseria los ahonda. (*¡Es*

*verdad, es verdad!*) ¡Habeis hecho leyes contra la anarquía, haced ahora leyes contra la miseria! (*Movimiento prolongado en todos los bancos.— El orador baja de la tribuna y recibe las felicitaciones de sus colegas.*)